

Dos viajes

Héctor Contreras López

POR LA VENTANA DEL TAXI voy viendo la ciudad que pasa como en un sueño. Trato de recordar cuándo fue la última vez que me subí a un taxi y una tarde de lluvia inunda el interior del vehículo. Voy saliendo de la casa de mi Mamá Chole; está lloviendo tanto que es difícil ver bien lo que sucede al otro lado de la calle. Ahí estamos mi madre y mis hermanos, contemplando la lluvia, pensando que nunca vamos a poder salir de ahí, que nos vamos a quedar de arrimados, condenados por el diluvio a un exilio en otra casa, en otra colonia, encerrados en un paisaje que no nos corresponde, al sur de la Avenida Juárez.

Alguien grita; es un grito que me llega desde muy lejos. Quizá son los muchachos jugando en el Parque Urueta, quizá es una mujer a la que puedo ver un segundo por la ventana, pero que pronto se queda atrás, atrapada por la bolsa de las acciones pasadas que de seguro el chofer guarda en la cajuela. Pero lo que en realidad sucede mientras los techos de las casas siguen avanzando, es que he escuchado el grito de mi madre que me dice que vaya por el taxi. Volteo hacia la derecha y lo veo, puedo ver también que la calle se ha convertido en un solo río que sin duda va a desembocar toda la tierra y las piedras que bajan del Cerro Coronel hacia las vías del tren, de un tren que no pasa y que si pasara no podríamos verlo ni escucharlo.

De pronto me veo en ese río, corriendo hacia el taxi; quizá yo mismo voy gritando, moviendo los brazos inútilmente porque sé que el chofer no podrá verme. Lo sé muy bien porque ahora mismo no puedo verlo, porque voy hundido en el asiento trasero, contemplando los techos de las casas, los árboles y los postes de la luz, viendo cómo se combinan en una sola imagen, y como si fueran succionados por una licuadora enorme se quedan atrás para ser incorporados al pasado que todos llevamos colgando detrás.

Pero a pesar de todo sigo gritando y moviendo los brazos. No sé qué es lo que grito; quizá voy gritando “¡Taxi!” con todas mis fuerzas, repitiendo la palabra como si fuera un amuleto antiguo, no como si quisiera alcanzar el taxi, sino como si estuviera tratando de detener la lluvia. Pienso ahora que si alguno de los vecinos se hubiera asomado por una ventana, hubiera visto a un niño ahogándose en ese río, moviendo los brazos con desesperación y gritando algo con todas sus fuerzas, algo así como “¡Auxilio!”, aunque esto sólo habría podido suponerlo imaginando el movimiento de su boca, una boca de niño, un gesto por el que el vecino podría haber sentido ternura o una fuerza interna que le saltaría del pecho y lo habría llevado a salir a la calle y rescatarlo de las aguas.

Pero es el grito de mi madre el que se queda en el aire, en un aire que está dentro de mí (sin lluvia, como si fuera el aire inmóvil y antiguo de una caverna), incluso ahora, mientras el taxi da vuelta en una calle y siento que la esquina es una sustancia redonda y flexible, como de hule, que andamos dando vueltas en un paisaje donde los ángulos no existen, que no vamos a llegar a ninguna parte o en todo caso al punto de partida, que voy a bajarme del taxi y voy a pagarle al chofer con el dinero que la mamá de José Antonio me dio, que voy a entrar a su casa y a acostarme en el sillón de la sala porque todo me da vueltas.

“¡Ve por el taxi!”, creo que estas son las palabras que resuenan dentro de mí cuando voy corriendo por la calle sin pavimentar, levantando las piernas por sobre las aguas para poder avanzar, mientras pienso que nunca voy a llegar, que la distancia que me separa del auto es una distancia que nada tiene que ver con el espacio. Muy dentro de mí, tal vez en esa caverna sin lluvia ni luz, siento que ese taxi está en otra parte, quizá en un sueño o en una película.

De pronto me doy cuenta de que lo que estoy viendo bajo la lluvia es el automóvil de Eliot Ness. Trato de verle las placas del estado de Illinois para asegurarme, pero la lluvia no me deja.

A pesar de todo, creo que de alguna manera le di al chofer correctamente la dirección de la casa de mis padres, porque puedo reconocer algunas casas y árboles de la Calle Coronado; desde el asiento trasero puedo sentir cómo el taxi va subiendo, deteniéndose en cada esquina. Me hundo más en el asiento mientras me recorren por todo el cuerpo unas ganas de vomitar que me hacen cerrar los ojos con tanta fuerza que temo no poder abrirlos después. Es entonces cuando, en un horizonte oscuro y lejano, empiezan a aparecer miles de águilas que vuelan hacia mí. Me da la impresión de que son águilas porque creo ver sus enormes alas moviéndose lentamente, todas a la vez, como si fueran una orquesta de movimiento y alguien desde alguna parte que no alcanzo a ver las estuviera dirigiendo en silencio. Es en ese momento que siento que una bola de plumas calientes quiere salirse por la boca. Me hundo más en el asiento, cierro los ojos con más fuerza. Siento que algo me quema en la garganta pero no quiero vomitar. La sola idea de que voy a vomitar me hace cerrar la boca con todas mis fuerzas; imagino unas manos delgadísimas que suben desde mi estómago y con sus dedos largos toman la bola de plumas y la regresan hacia abajo.

En medio de la lluvia, escucho una voz. Es la voz de Eliot Ness que me dice que suba. Desde la puerta del taxi miro hacia atrás y veo a un niño corriendo hacia mí, moviendo los brazos como si moviera unas alas muy grandes y gritando algo que no puedo comprender. De pronto parece que el niño se va a hundir en el río, pero de la misma manera resurge de las aguas y sigue corriendo rumbo a las vías del tren. Subo al taxi y le pregunto al chofer que si puede llevarnos a la Pacheco y Coronado; me dice que sí y le señalo la casa donde están esperándonos mi madre y mis hermanos. O es la voz de un hombre que me habla

desde muy lejos; creo que me dice que ya llegamos. Imagino entonces la subida de la Coronado cuando llega a la Pacheco. Me pregunto cómo sería este paisaje hace diez años, cincuenta, cien, mil o cuando el Cerro Coronel todavía no estaba aquí. Sé que si abro los ojos y volteo hacia la derecha voy a ver el techo de las casas de mi tío Javier y de mi abuelita y en la mera esquina el anuncio en letras azules de la tienda *El Aerolito*. Pero mientras el taxi cruzaba la Pacheco no abrí los ojos, ni siquiera para ver por la ventana el lugar donde estaba, hace años, la casa de mi abuelo, a la izquierda.

Y es ahora que escucho la voz de este hombre que me dice cuánto es. Le pago, me bajo del taxi, entro a la casa y corro hacia el baño. En medio de un tiradero de plumas, me inclino sobre el lavadero y vomito como nunca lo había hecho en mi vida; es como si estuviera vomitando la bolsa de recuerdos que el chofer guardaba en la cajuela, todos los siglos de paisaje en los que aquí no pasó nada digno de la Historia, todos los años de amargura que una familia dejó olvidados en alguna casa derruida, toda la lava que fue necesaria para que los cerros que rodean la ciudad se formaran. Aún con los ojos cerrados, creo escuchar que alguien llega; en mi imaginación y como si fuera un sueño, veo el carro de Eliot Ness que se estaciona afuera de la casa. Es toda la familia, menos mi padre, que llega de la casa de mi Mamá Chole; está lloviendo como si el agua de muchos diluvios se hubiera juntado durante mil años para precipitarse sobre la ciudad esta tarde. Cuando entran a la casa veo que todos están mojados, pero el más mojado soy yo. Es entonces que abro los ojos. •

*Albuquerque, NM
Septiembre de 2008*

HÉCTOR CONTRERAS LÓPEZ. Escritor mexicano residente en los EUA. Contacto: hectorc@u.arizona.edu